



Francisco Azuela (de traje) Doña Carmen Rivera Vda. de azuela y mi primo Antonio Arribas, en la ciudad de México.

Capítulo II

Trinidad, León, mi niñez y mi primera adolescencia.



La Estación de Trinidad contaba con un pequeño campamento permanente de trabajadores que se hacían responsables del mantenimiento de las vías. Pero una o dos veces al año el Jefe de la Estación tenía derecho a solicitar de los Ferrocarriles Nacionales de México, el servicio de un tren de trabajadores temporales para que llegaran a refaccionar lo que fuera necesario en la Casa-Estación; venían especialmente carpinteros, albañiles, fontaneros y electricistas. Cuando esto sucedía era todo un acontecimiento en el lugar, a este tren lo desviaban por una vía alterna o *tramo de vía muerto* donde quedaba varado hasta terminar su trabajo. Los vagones, rústicamente pintados, traían a las familias de los trabajadores, con macetas y flores colgando. En uno de ellos, que quedó muy cerca de la casa de la Estación, llegó una familia con una niña hermosa, pelirroja y con pecas que fue el primer amor de mi infancia. Nos dejábamos papelitos escritos en los huecos de los árboles con palabras infantiles como: “*Si no me das tu amor, come pan y queso...*” un día nos cogimos de la mano, pero nunca nos dimos un beso. Cuando ese tren de trabajadores se marchó, se me rompió el corazón en mil pedazos y escribí los pequeños poemas más tristes de mi vida, que nunca conservé, tenía sólo siete años de edad.

Era la edad de las grandes curiosidades para un niño, descubríamos los nidos de los pájaros y veíamos cuántos huevitos tenían, vivíamos inmersos en la naturaleza y subíamos sin dificultad a los árboles.



De la Estación de Trinidad nos llevaba todos los días, muy temprano, a la ciudad de León, el chofer de mi Papá, que era un tío político originario del rancho El Ixtle, Jalisco, le decíamos El tío Chuy. Hacíamos un recorrido de dos kilómetros, aproximadamente, en un camino de tierra para llegar a la carretera Panamericana y en menos de veinte minutos estábamos en la puerta del Colegio Leonés. A veces no había chofer y teníamos que caminar a pie hasta la carretera y parar un autobús que quisiera llevarnos, nos dejaba antes de entrar a León y tomábamos un atajo por un caminillo en unos terrenos con un pequeño río hasta el colegio. Otras veces, el autobús nos dejaba en la Calzada del Arco y ahí subíamos en otro transporte, siempre era un poco complicado llegar a recibir las clases.

En las vacaciones, mi Papá nos llevaba a levantar las cosechas de papa en pequeñas parcelas que había arrendado o que eran de su propiedad. Nos divertíamos mucho entonando cancioncillas, descansábamos un poco como lo hacen los campesinos para tomar el almuerzo y continuábamos la faena hasta el atardecer, terminábamos el día agotados.

Un año no pudimos ir al colegio, por falta de pago, cuando mi Padre tuvo una desgracia muy grande en sus cosechas, una madrugada le avisaron que el cerebro del motor que sacaba ocho pulgadas de agua del pozo de riego se había hecho pedazos faltando sólo un riego para cortar la plantación de chile, que era enorme, también perdió la cosecha de fresa y otros productos agrícolas que le iban a proporcionar grandes beneficios económicos. Por esta causa mi Papá nos puso a estudiar a mí y a dos de mis hermanos en una escuelita rural del poblado de Los López, en dos de esas escuelas estuvimos por necesidad y pudimos compartir la primera enseñanza con niños y niñas del campo.

Mi Padre era un hombre de mucha iniciativa, había mandado construir un gran corral atrás de la Estación, tenía todo tipo de animales, un toro negro, vacas, gallos, gallinas, marranos y caballos. Más de una vez bajaron, de uno de los furgones de un tren que venía del Norte, media docena de potros y potrancas que había comprado. A él le gustaba amansar caballos y también montaba toros. Lo vi muchas veces caerse y levantarse, ese era su carácter y no perdía el ánimo y el entusiasmo de seguir adelante, además, era una persona talentosa y llena de generosidad, siempre cumplía su palabra y apreciaba la amistad como si fuera oro. Era un gran lector y tenía

profundos conocimientos de mecánica automotriz, era capaz de desarmar pieza por pieza todo el motor de un automóvil y volverlo a arreglar. Le gustaba también tocar la guitarra, tenía una hermosa voz y cantaba al estilo de Jorge Negrete.

Se hizo la costumbre, porque yo heroicamente me ofrecí, que cuando no había manera de moler el nixtamal para disponer de masa en la cocina para hacer las tortillas, yo tomaba mi caballo para ir a las cinco de la mañana hasta el pueblo de Los López, donde había un molino público y ahí me molían el nixtamal. Uno de esos días, me persiguieron unos perros bravos, pertenecían a unas casas esparcidas en el camino. Perdí el saco del nixtamal y casi me bajan del caballo. Mi Padre ya no me volvió a enviar a esa tarea tan peligrosa. Pero sí seguía ensillando mi caballo, alazán canela, para pasear en los alrededores de la Estación, era un hermoso animal de ojos hermosos e inteligentes y buen trote.

Cuando se terminaba la gasolina en la casa, también por mi ofrecimiento, mi Padre me enviaba en un tren a la Estación de la ciudad de León con un cubo de 20 litros. Me bajaba en aquella estación, caminaba un par de cuadras a la gasolinera, llenaba el cubo y regresaba con dificultad por el peso, a esperar el tren de las ocho de la noche de regreso a Trinidad donde el maquinista me dejaba con mucho gusto. Más de una vez me quedé dormido en la Estación de León y dejaba pasar el tren, así es que mi Padre dejó de enviarme a esta misión.



En otras vacaciones que tuvimos, mi Papá nos puso un puesto en el mercado de la Soledad en la ciudad de León, donde vendíamos tomates, cebollas y frijol. Quería que nos acostumbráramos a todo, especialmente a conocer el costo de los productos agrícolas y todo lo que significaba atender un puesto público con la gente que llegaba a comprarnos, aprendimos a gritar el nombre de los productos y a poner en práctica nuestra habilidad para atraer a los clientes. Fue como todos los trabajos que nos hizo hacer, una gran experiencia, muy provechosa y fatigante.

Aprendí a usar el telégrafo y a conocer el trabajo de la oficina, a manejar la caja fuerte y despachar los trenes, es decir, ayudaba en lo que podía. Mi Padre me enseñaba de todo y siempre nos permitió que nos mezcláramos con los niños y jóvenes de la Estación.

Ya habían pasado varios años y un día del mes de noviembre de 1963, mi Papá entró muy impresionado al comedor de la casa y expresó con un gesto de incredulidad y de alarma: - *Han asesinado al Presidente de los Estados Unidos John F. Kennedy, en Dallas, Texas.*

Todos nos quedamos muy confundidos, pero para nuestra edad no le dimos mayor importancia, yo sólo tenía 15 años.

El asesinato del presidente John F. Kennedy (1917-1963), tuvo lugar el viernes 22 de noviembre de 1963, en Dallas, Texas, Estados Unidos a las 12:30 del mediodía.